

Isla de
LIBROS

Y nos pegamos la fiesta

Víctor Alarcón

**Y nos pegamos
la fiesta**



Y nos pegamos la fiesta

Víctor Alarcón

Islade
LIBROS



@edicionesisladelibros

Y nos pegamos la fiesta

Primera edición en Equinoccio, Caracas, 2014

Segunda edición corregida y aumentada en Isla de Libros, 2021

Esta obra obtuvo en 2012 el I Premio Equinoccio
de Cuento Oswaldo Trejo, Caracas, Venezuela

© Víctor Alarcón, 2021

© Isla de Libros, 2021

Carrera 5, 34-13, AP 101, Bogotá, Colombia

info@isladelibros.com

www.isladelibros.com

Dirección editorial: Álvaro Castillo Granada

Edición y producción: Isla de Libros

Logo Isla de Libros: Zilah Rojas

Retrato del autor: Uma P. A.

Diseño de la cubierta: Nicolás Consuegra

Diseño gráfico: David Arneaud

Conversión a libro electrónico|*eBook conversion: Apex*

ISBN 978-958-53107-5-9

CONTENIDO

[Carlitos Fon](#)

[El Ale](#)

[La ballena negra](#)

[Saly, el judío errado](#)

[Y nos pegamos la fiesta](#)

[La casa del olvido](#)

A Florentino Galán.

¡ay, el sexo, ay el amor, ay la JODIENDA!

CHARLES BUKOWSKI

Carlitos Fon

A Carlos Sandoval.

Este güey era un nerdo particular y en el máster se notaba más.

Lanzado a las discusiones sobre teorías y profesores que no parecían cansarse de que les hicieran la pelota, Carlos trataba de pasar desapercibido entre las pocas filas de estudiantes. Pero no podía. Bastaba que abriera la boca y hablara para que todos vieran la comiquita que era. No es que los otros fueran normales, empezando por la bollera vestida de niño y terminando con el gay pijo que agarraba todo con asco. Pero ellos querían ser extraños, mientras tanto este mexicano se desesperaba por ser normal o pasar como un cachondo más; no lo habría hecho aunque le fuera la vida en ello.

Cuando entré lo vi sentado como una piedra perdida en el desierto, detrás de la mesa y su cuaderno, con el bolígrafo perfectamente colocado frente a él y me dije: ¿éste de dónde salió? Por supuesto me alejé. En la jaula de animales idiotas que era nuestro salón no convenía verse débil, y él tenía una debilidad contagiosa. En el máster, con tanto feminismo, comunismo y deconstruccionismo trasnochado, las posturas teóricas se confundían con los complejos personales y, como es obvio, Carlos no tenía ninguna. Mientras su compatriota fresa hablaba del grupo de géneros y nuevas sexualidades —con lo cual me daba cuenta de que nunca se la habían follado bien—, otro hablaba de Derrida y un tercero defendía la cultura de

masas —pero era un fascista de mierda. Él hablaba de la literatura fantástica del siglo XIX y cuando veía que nadie lo escuchaba abría un libro de Lovecraft que tenía escondido. Esto no quiere decir que no tuviera complejos. Al contrario, si soplabas muy fuerte seguro se caía y se le partían los lentes. Pero en lugar de usarlos en su trabajo, montaba una fachada de literatura fantástica y recitaba de memoria toda la mitología de Cthulu o las particularidades sobrenaturales de la novelística de Balzac.

Por si esto no fuera poco entre los cachondos del máster había un ambiente de ligoteo que abrumaba a cualquiera o lo hacía reír. Apenas lo vi pensé que Carlos era virgen o hacía eras que no se comía un coño. Percibía cómo sudaba cuando estaba rodeado de hombres que hablaban de las tías del máster o se burlaban de las bolleras. Un par de veces me tocó sentarme con él y se explayaba, como si pudiera hacerlo, para hablar de mujeres. Entonces veía que juntaba el dedo índice con el pulgar de su mano derecha mientras la movía muy cerca de la mesa o al nivel de su estómago al mismo tiempo que mencionaba el nombre de una mujer:

—Pues, mira güey, a ésa le ponía apartamento en el centro —yo me reía porque no sabía si conversaba con un mexicano salido del siglo antepasado o me estaba hablando en serio. No era tanto la frase sino su calvicie y su frente sudada, que se secaba constantemente con un pañuelo a cuadros. Eso junto con los suéteres de lana y las camisas de botones perfectamente planchadas, todas a cuadros con el fondo blanco. En un curso lleno de gente que estaba más cerca que lejos de la treintena pero se negaban a crecer y se vestían como adolescentes tardíos, él desentonaba aunque cambiara toda su vestimenta.

De resto hablábamos de cómics. Yo no sabía que podían existir tantos: cómics sobre pueblos en el norte de Europa o de América donde la gente se convertía en gusanos; cómics sobre manicomios y fantasmas; cómics sobre personas normales que de repente se ven sumidas en un universo desesperante; cómics sobre mexicanos que se van perdiendo en el mundo de los mayas y los aztecas, un mundo que se parecía más a las ciudades intergalácticas de Lovecraft que a la verdadera Teotihuacán. —A que está chingón, güey— decía con cara de alucinado. El otro tema que teníamos no me gustaba: la literatura del siglo XIX. No por la materia sino por la actitud que asumía. Se volvía distante y ampliaba su cara de sapo. Se transformaba en un reptil solemne y empezaba a describir el manejo de la novela fantástica o de los cuentos mexicanos del siglo XIX. Yo no sabía de qué estaba hablando pero él podía recitar toda la bibliografía de Balzac como si fueran los títulos de las películas de moda. Sentía que se ponía guantes para hablar de literatura decimonónica y no se atrevía a decir nada malo.

—La literatura norteamericana se puede resumir en Poe, Whitman y Twain —decía alguno tratando de ser contundente—, quizás agregaría a Melville.

Le pedían su opinión como si estuvieran hablando con el cabrón de Harold Bloom y él, sin moverse, quieto como un lagarto asoleándose, respondía:

—Me parece un poco apresurado —así, sin más, como si le estuvieran dando mal la receta para unos taquitos al pastor y no tocando una de las tradiciones que más le dolía.

Le dolía por Lovecraft.¹ Él era como un Lovecraft mexicano y bizarro —si es que Lovecraft podía ser más bizarro todavía— que habría follado una vez y listo, se habría quedado así el resto de sus días (¿lo peor? Seguro le encantó, como el mejor sueño del cual no

quieres despertar). Pero había decidido venir a Barcelona, en lugar de quedarse en un pueblo perdido comiendo helados y escribiendo cuentos sobre monstruos interestelares. Había venido a Barcelona para mezclarse con unos güeyes que zopiloteaban para ver cuál era la primera chava que se resbalaba, porque todas caen, güey, y las que no caen se resbalan.

Su calma de serpiente no me molestaba tanto como me desesperaba, sobre todo cuando se ponía a hablar de literatura y se tiraba sus largos monólogos sobre cánones literarios y las virtudes de diferentes escritores. A veces sentía que estaba hablando con un académico de la Universidad de Salamanca o, peor, de alguna ciudad mínima y perdida de España. Pero después de cerrar los ojos pidiéndome paciencia volvía a abrirlos para encontrar, de nuevo, a Carlos allí sentado; a su vera, el sevillano que se sonreía sin dejarse ver. Cuando se calló, cuando dejó de lado el listado interminable de nombres, Jordi, sentado a mi derecha, estaba harto de tanta parrafada y dijo:

—Mare de Deu, cuánta cultura.

—Claro, illo —decía el sevillano—, no ves que estamos hablando con Carlos Fuentes —y los tres nos partíamos de risa mientras Carlos sonreía con cortesía.

—Ay —replicaba— pero qué honor. Cómo me río, pero qué honor, son unos caballeros —y Jordi mostraba su sonrisa detrás de sus lentes afilados tratando de compensar el aburrimiento que había sufrido:

—Podemos hacer la versión catalana: Carles Font — y seguía riéndose.

Me tocaba volver a verlo cuando me llamaba para pasear por Barcelona. Caminar con él era perderse en el polvo de las librerías de usados viendo libros viejos y papeles amarillos que no entretenían a nadie, salvo a él. Yo deambulaba por las estanterías tratando de encontrar algo que me interesara o como un método

para matar el tiempo hasta que llegara la noche para ir a hartarme de cubatas en un bar lleno de guiris de cuyo nombre no me habría podido acordar aunque quisiera.

Luego salíamos de las tiendas y le suplicaba que nos fuéramos por unas cervezas porque no aguantaba el tedio de seguir cazando putos incunables del siglo XIX. Sobre todo porque al lado de los nombres que él refería, los cabrones de Bécquer y Ruiz de Alarcón eran unos best-sellers.

—Coño, chamo, vamos a tomar algo.

—Sale, güey, vamos a chupar —respondía acercándose a mí—, ¿ah? ¿Ah?

Allí estaba el bueno de Carlos con la boca entre abierta, alargada y con un fondo negro donde se asomaba su lengua. Me daba golpecitos delicados en la espalda, tan delicados que llegaba a creer que me estaban ligando y no me daba cuenta, porque todo lo tocaba con cuidado y distancia. Nos sentábamos, pedíamos un par de cañas y hablábamos de la ciudad y lo mucho que nos gustaba. Cuando entraba en este tema, tratando de llevar la conversación a un terreno distante del siglo XIX y de las mitologías intergalácticas, él decía que sí, que estaba fascinado; pues ya ves, güey, continuaba diciéndome, desde que llegó había estado así: y abría la boca y movía la cabeza de lado a lado, sentía que su lengua se iba a desbordar por el labio inferior y miraba hacia los balcones más altos de los edificios sin levantar el rostro, como si no tuviera cuello o fuera demasiado corto. Yo no veía la hora de despedirnos e irme a ligar.

Una tarde salíamos de tomar una cerveza antes de entrar a las insostenibles clases de «Cos i textualitat» cuando Jordi dijo:

—Mira quien va por allí —levanté la vista para verlo con su bolso de lado, una maricona de cuero,

caminando apresuradamente sin ver a los lados, fijos los ojos en los cristales de sus lentes que, sospecho, veían las cosas de otro modo. Los pocos cabellos que se resistían a caer de su cabeza como en una guerra efímera, como las últimas huellas de una civilización perdida hace mucho tiempo y que se conserva como un secreto. La barba bien cortada, los cachetes grandes y caídos, los labios alargados y el cuello corto. La camisa de botones y los pantalones perfectamente planchados; en la mano, como si fuera un mesonero de lujo sosteniendo una servilleta de tela, la chaqueta de pana; los mismos zapatos de siempre que desaparecían entre el resto de su vestimenta. Así era Carlos, callado, pasando desapercibido entre la gente de la universidad como un personaje extraño pero casual en una novela de misterio:

—Illo, es Carlitos Fon.

—¿Qué fon?, tío —respondía Jordi—, és Font, pronuncia bé, si us plau.

—Ah —replicaba el sevillano con desprecio antes de que me riera de la discusión.

Pero visto a la distancia me doy cuenta de que eso era su vida. Si en un máster universitario donde nos respetábamos, o pretendíamos hacerlo, se burlaban de él con disciplina de investigador, cómo habría sido en el instituto. Esto puede resumir su existencia: un sapito sentado en los pupitres pequeños, ya con sus lentes gruesísimos que parecen culos de botella y los compañeros llamándolo cuatro ojos. Él permanece impávido y cuando lo incentivan para que hable se pone a dar cátedra sobre Batman y Spiderman, detallando toda la mitología de los superhéroes de Marvel o DC. Con un poco de suerte, en ese momento lo dejarían en paz mientras se comía una torta de jamón, justo antes de que otro niño pasara corriendo, lo empujara y se le cayera la comida al suelo. Podía ver

cómo era usado por los amigos para estudiar y pasar las materias o para pedirle prestado los apuntes de clase. Él, tratando de combatir la soledad despiadada que enfrentaba, aceptaría sin reticencias, abismado en su cuarto que se poblaba de tebeos, cómics y libros del siglo XIX o con su portátil que iría llenándose de porno para hacerse chaquetas diarias, nocturnas, reiterativas, hasta la exasperación.

Con la adolescencia solo aumentaría el asedio y su proceso de nulificación hasta convertirse en la sombra que terminaría siendo. Primero la crueldad despiadada de los cuates que iría creciendo a medida que les crecían los pelos de los huevos; segundo la indiferencia de las viejas que lo mirarían por encima del hombro cuando no se reían de él a sus espaldas. Él pelearía sus batallas perdidas antes de empezar con una retórica de caballero cursi de principios de siglo XX, apenas rozando con temblor los brazos de las chavas que se retiraban apresuradas. Quizás se acercarán a él pidiendo algún favor o algún alma caritativa lo adoptaría en ciertos momentos neutros de la prepa. Excepto esta salvadora ficticia, sus amigos serían iguales a él: los imagino escuálidos y blancos o de una tez morena pero neutra e insípida, con los cachetes comidos por el acné, hablando toda la noche de sagas intergalácticas o cómo haría Guepardo para salvar a Tormenta en el próximo capítulo de los X-men.

Con la admisión en la universidad se habría construido su zona segura y la hipocresía social lo protegería de las agresiones a las que estaba acostumbrado. Le sobraría el tiempo, sin amigos ni mujeres solo lo perdería haciéndose pajas. De resto, pasaría su soledad memorizando clásicos del siglo XIX y planeando miles de estudios sobre cómo debía leerse la novelística latinoamericana y europea. Quizás trataría de crear un nuevo grupo de amigos para recibir

el discreto y educado desprecio que caracteriza a la madurez; o habría arremetido con nuevos ímpetus la misión imposible de conseguirse una vieja. ¿El resultado? La crueldad despiadada de la mujer latina que desconoce la palabra compasión. Con un poco de suerte, le pido a Dios que se la haya dado, alguna chavita igual de desgraciada se habría refugiado con él. Pero yo no le había escuchado de ninguna novia.

Su gran problema con las mujeres, más allá de la gordura, de la calvicie, de la baja estatura, de su composición de hombre decimonónico, de su lenguaje empolvado y viejo, de sus gruesos lentes que le conferían unos ojos saltones, de sus cachetes caídos, más allá de todo eso combinado con su completa incapacidad para el ligoteo, estaba su desesperación. Las mujeres pueden oler la desesperación de un hombre aunque lo vean a la distancia. No sé cómo lo hacen, pero basta que tú estés bien follado para que llegues a una reunión y una de las tías te vea sonriéndose y te pregunte tu nombre, sin que tú hayas dicho esta boca es mía. Es como si el olor de las pajas te quedara en las manos o en el cuerpo, como si se te viera en la cara. No sé. Pero si había alguien desesperado, alguien que tenía las manos llenas de pelos y de callos por tantas pajas, ése era Carlitos Fon.

También fue eso lo que terminó de distanciarme de él.

Al principio fue su inseguridad cuando comenzaba el cachondeo sobre las mujeres con los amigos del máster. Cuando surgía el tema, él quedaba desarmado. Pero como si no notaran su presencia o su preocupación, los demás seguían con nuevos ímpetus. Tal vez se afincaban al notar la consternación de Carlos. Así empezábamos con cosas ligeras:

En la noche todos los gatos son pardos, con alusiones homosexuales.